

descontentarse de la política de su soberano, desde que se había demostrado (en los años 1147 y 1148) que la alianza con los velidosos cristianos no ofrecía sino un apoyo muy insignificante para la conservación de su independencia. Cuando Ascalon se hallaba en el mas apurado trance, y el emir de Damasco impidió que Nuredin socorriese á la «No-
via de Siria», se inclinó la opinion de los damascenos á someterse al gran emir de Alepo. Nuredin aprovechó esta ocasion con tanta astucia como destreza; se apoderó casi sin pelear de todo el emirato en el año 1154, y en seguida trasladó su residencia á la misma ciudad de Damasco.

Temible era el enemigo que entonces amenazaba, lo mismo á Jerusalem que á Antioquía, sin tener á nadie de por medio; pues Nuredin era un celoso y ferviente musulman; recto y bondadoso para con el menor de los suyos, se interesaba ante todo con el mayor esmero, lo mismo él que su padre, por los soldados que guiaba al combate. La vida era para él la lucha contra los cristianos, y empleaba sus fuerzas con severa parsimonia, sin apelar á las armas sino cuando se creía seguro de la victoria. Procedía con tanta prevision, porque juzgaba con exactitud el carácter de sus enemigos. Conocía bien sus debilidades y faltas, sus discordias, su ansia de placeres, y sobre todo, la absurda falta de plan de su política. Con todo, los caballeros francos, cubiertos de sus cotas de malla eran aun tan infinitamente superiores á sus tropas ligeras cuando peleaban cuerpo á cuerpo, que la guerra con ellos encerraba en sí los mas serios peligros y no podía llegarse á obtener felices resultados sino poco á poco.

Apenas tomó posesion de Damasco, cuando se le acercaron unos embajadores cristianos, y llenos de espanto ante su poderío, le pidieron una tregua en la guerra. El emir accedió á su demanda, y siguieron dos años en los que no hubo ni paz ni guerra; pues ambas partes rompian la tregua cuando les parecía conveniente, y la volvian á observar tras breve lucha. Mas Nuredin aprovechó este tiempo para hacer preparativos sin levantar mano, al paso que los cristianos lo pasaron en la mayor indolencia viviendo al dia. Por fin una gran deslealtad del rey Balduino produjo las mas dolorosas catástrofes. En la comarca de Banias moraban al amparo de los cristianos algunas tribus árabes y turcomanas: el rey, movido por la codicia del botin, las atacó de improviso á principios del año 1157 y les arrebató toda la riqueza que poseian en caballos y bestias de carga. Nuredin contestó á esto con un ataque general. Uno de sus lugartenientes acometió desde el Éufrates á los cristianos del Norte de Siria; en la parte meridional de Jerusalem los egipcios aliados hicieron una expedicion de devastacion y saqueo, y el mismo Nuredin salió á campaña contra Banias. El señor de este pueblo, Hunfrido de Toron, pidió auxilio á los caballeros sanjuanistas, los cuales se pusieron en marcha, pero antes de que llegaran al término de su viaje, fueron rechazados por las tropas de Nuredin, que hicieron en ellos gran carnicería. El emir sitió en seguida á Banias, y ya se había apoderado de la parte baja de la ciudad, cuando le anunciaron que Balduino en persona se acercaba para socorrer á Hunfrido. Inmediatamente levantó el sitio, y esquivó previsoramente la lucha. Mas despues que el rey reconstruyó las obras destruidas de Banias, licenció una parte de su ejército, y emprendió su contramarcha al Sur con el resto de las tropas, sin cuidarse de nada mas, fué atacado de improviso por Nuredin, y sufrió una sangrienta derrota, que esta vez alcanzó principalmente á los templarios. Los muchos prisioneros que hicieron los musulmanes fueron paseados por las calles de Damasco en medio de las burlas é insultos del pueblo, mientras que el emir en el acto comenzó de nuevo á atacar á Banias.

En tan apurado trance hizo Balduino un llamamiento á los

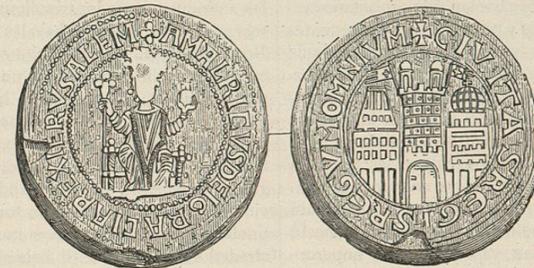
antioquenos y tripolitanos en demanda de auxilios, y por este medio alejó al emir por segunda vez de Banias. Poco tiempo despues, desembarcó en Beirút el conde Dietrich de Flandes con una brillante cohorte de caballeros. Había estado por primera vez en Jerusalem el año 1138; había tomado parte despues en la segunda cruzada, y á pesar de los lamentables contratiempos sufridos en aquella peregrinacion, deseoso de lucha llegó por tercera vez á Tierra Santa. Con su auxilio esperábase hacer considerable daño al enemigo; pero nada se logró, hasta que á fines del año 1157 enfermó gravemente Nuredin, y al esparcirse la falsa noticia de su muerte estallaron desórdenes en su reino. Los cristianos se aprovecharon de la crítica situacion del enemigo, presentándose con imponentes fuerzas delante de Schaizar situada á orillas del Orontes, ciudad á la sazón de alguna importancia, y la tomaron excepto el castillo; pero despues sobrevinieron mutuas recriminaciones entre ellos, porque el conde Dietrich quiso hacerse señor de la poblacion, y sin embargo, no se hallaba dispuesto á prestar el juramento feudal, ni al príncipe Reinaldo, ni, lo que es mas, al rey Balduino, y á consecuencia de esto levantaron definitivamente el sitio. Queriendo luego reparar este indigno proceder, se unieron pronto otra vez para emprender una lucha comun, y á principios del año 1158 tomaron por asalto la grande y fuerte plaza de Harim, la cual, en poder de Nuredin desde el infausto año de 1149, era casi imprescindible para la seguridad de Antioquía. Pero despues que Harim se rindió, se separaron satisfechos con tan pequeño resultado.

Entre tanto, convalació Nuredin; penetró en el territorio hierosolimitano, allende el Jordan, en la primavera de 1158, y se atrevió á presentar batalla en campo abierto al rey y al conde Dietrich, los cuales reunieron á toda prisa sus tropas. Procedió esta vez, por consiguiente, contra su costumbre; pero quizá deseaba, por decirlo así, coger al toro por los cuernos, para reparar completamente, por medio de una victoria gloriosísima, los daños que había sufrido durante su enfermedad. Sea como quiera, no había llegado aun el tiempo de realizar tan audaces empresas. El 15 de julio se encontraron los dos ejércitos en las orillas del lago de Tiberiade. Los caballeros cruzados se lanzaron con incontrastable empuje sobre los escuadrones de Nuredin, los dispersaron completamente, hicieron horrible destrozo entre los enemigos, y estuvieron á punto de coger prisionero á su mismo jefe. Mas á pesar de esta brillante victoria quedó la situacion en lo esencial como había estado. Balduino no fué capaz de realizar un levantamiento general de los cristianos contra Damasco ó Alepo; el conde Dietrich regresó pronto á su patria, y Nuredin cubrió las bajas de su ejército reclutando gente sin perder momento.

En el año 1159 todos los soberanos sirios fueron sorprendidos y puestos en séria alarma por una gran expedicion militar de los griegos. Efectivamente, el emperador Manuel no había perdido de vista á Antioquía y sus territorios adyacentes, desde la época de la segunda cruzada; pero hasta entonces había tenido mal resultado en todos los intentos hechos para acrecentar su poder en aquel país, pues aunque en el año 1150, como ya se ha dicho, adquirió el resto del condado de Edesa, en seguida se volvió á quedar sin él. Luego, cuando Constanza de Antioquía se vió por todas partes solicitada para un segundo matrimonio, se esforzó inútilmente para hacerla aceptar un príncipe griego. Despues se puso en guerra con el príncipe armenio Thoros, y perdió en ella las ciudades de la baja Cilicia, que desde el tiempo del emperador Juan habían estado en poder de los griegos. Finalmente, excitó al príncipe Reinaldo de Antioquía á que combatiese á los armenios, y éste, siguiendo los impulsos de

su adusto carácter, cayó sin contemplaciones sobre los antiguos amigos de los cruzados; pero como la recompensa que por tal servicio le prometió el emperador, no llegara, Reinaldo hizo una temeraria y vandálica expedicion á Chipre, que pertenecía á los bizantinos, y devastó del modo mas atroz la hermosa isla. En cambio, en la misma época, las relaciones de la corte griega con el reino de Jerusalem llegaron á ser mejores de lo que habían sido hasta entonces, pues el rey Balduino, precisamente en el año 1157, envió una solemne embajada á Constantinopla, con objeto de pedir para esposa suya una princesa Comnena, y en efecto, recibió en matrimonio á una sobrina del emperador, la hermosa Teodora, que llevó un espléndido dote. Con tal motivo creyó Manuel llegado el tiempo de ir á Siria en persona, y ordenar los negocios de aquel país segun su soberana voluntad. Tan pronto como llegó á Cilicia con un poderoso ejército, huyó Thoros á la montaña próxima, Reinaldo pi-

dió humildemente perdon, y por fin, se anunció Balduino para hacer una visita de corte á su ilustre pariente. El rey fué recibido con grandes honores en el campamento imperial; pero el armenio tuvo que ceder una parte de su territorio y declarar feudo bizantino el resto del mismo; y el altivo príncipe de Antioquía no fué perdonado, hasta que descalzo y con la cabeza descubierta, arrodillado y presentando su espada desnuda, reconoció la supremacia del soberano de Constantinopla. Desde Cilicia marchó Manuel á Antioquía, y allí celebró entre los príncipes francos brillantes fiestas, especialmente torneos, en los cuales hizo admirar la fuerza de su brazo; luego prosiguió su viaje al Este con gran aparato para atacar á Nuredin. Mas no era su intento medir sus fuerzas en guerra formal con el poderoso emir de Alepo; se proponía solamente dar á los cruzados alguna prueba de su poder, y como tampoco Nuredin deseaba debilitar su ejército en una batalla con los griegos, lle-



Sellos del rey Amalrico

garon pronto á hacer una paz, en la cual el emir devolvió la libertad á muchos miles de prisioneros cristianos, y especialmente á los caballeros que habían caído en su poder en los combates librados alrededor de Banias. El emperador, satisfecho de haber conseguido este resultado, poco despues abandonó el territorio de Siria, porque urgentes atenciones propias le reclamaban en su patria.

Durante los años siguientes tuvieron los príncipes cruzados buena ocasion para emprender á sus anchas una guerra contra Alepo ó Damasco; pues que el ejército griego se había retirado, y á la vez Nuredin estaba ocupado en una lucha con los seldyucidas del Asia Menor. Pero se contentaron con hacer audaces excursiones por el territorio enemigo, que proporcionaron efectivamente gran botin al rey Balduino, pero que llevaron á las prisiones de Alepo al príncipe Reinaldo, que durante la marcha chocó con fuerzas superiores (noviembre de 1160). Apenas había hecho Balduino lo estrictamente necesario para la defensa de Antioquía, cuando Siria fué de nuevo turbada por los griegos, aunque con las armas; pues Manuel, cuya primera esposa, la condesa alemana de Sulzbach, había muerto en aquel intervalo, quiso á la sazón contraer matrimonio con una princesa de la casa real de Oriente. Vaciló entre la jóven condesa Melisenda de Trípoli y la princesa María, hija de Constanza de Antioquía. Los embajadores griegos eligieron al principio á la primera, mas despues se decidieron por la segunda, ya porque la condesa estaba enferma, ya porque influyeron en su voluntad las intrigas antioquenas. El conde Raimundo III de Trípoli vengó el desden hecho á su hermana llevando á cabo horribles y piráticos saqueos en las costas griegas; pero la antioquena María llegó á ser esposa de Manuel, aunque Balduino temió que el emperador, merced á esta alianza matrimonial, presentase en adelante nuevas reclamaciones sobre

Antioquía. Cuando se hallaban en estas pequeñas negociaciones tuvieron término el reinado y la vida de Balduino III. A los 32 años de edad y en toda la fuerza de su virilidad, enfermó á causa de una medicina envenenada, que le dió el médico particular del conde de Trípoli, segun rumor, y murió, amargamente llorado por los suyos á causa de su valor, finura y afabilidad, el 10 de febrero de 1162.

EL REY AMALRICO

Balduino III no dejó ningun heredero directo y por eso le sucedió en el trono de Jerusalem su hermano Amalrico. El nuevo rey era muy diferente del difunto. Tenía, es verdad, grandes fuerzas corporales, era entusiasta cazador y sufrido guerrero, procuró instruirse desde temprana edad en todas las ciencias de su tiempo, y continuó con gran afición de saber hasta el fin de su vida; pero en comparacion, la atractiva belleza de cuerpo y alma que distinguió á Balduino, causaban siempre una impresion desagradable la disforme obesidad de Amalrico, su dificultad de expresion, y sus maneras toscas y repulsivas. Tambien buscaba con ardor los goces sensuales, ansiaba con ciega codicia el dinero y las riquezas, y no conocía en su política mas que un solo pensamiento que le sirviese de guia, del cual participaban á la vez la mayoría de sus principales caballeros, á saber: alcanzar la posesion de grandes riquezas y vivir en medio del esplendor y la abundancia.

Bajo el gobierno de este soberano, teniendo en cuenta, por otra parte, que los enemigos estaban guiados por el talento superior de Nuredin, apenas tenía el reino de Jerusalem otra perspectiva sino la de acercarse cada vez mas y de un modo definitivo al abismo. El peligro en que se hallaban ya los cristianos sirios creció extraordinariamente casi desde el prin-

cipio del nuevo reinado, en atención al giro que tomaron las cosas en el exterior. En efecto, el Estado de los fatimitas, en otra época tan poderoso, hacia ya mucho tiempo que había decaído. Los califas del Cairo habían estado dominados por los placeres del harem y las revoluciones palaciegas, y ambiciosos generales se habían arrogado todo el poder como visires, sin prestar por tal medio nuevo vigor al imperio, porque siempre tras breve espacio de tiempo, un feliz advenedizo era derrocado por otro. Pero en la época de que vamos hablando, no solo cedió el visir Schawer ante las armas de su rival Dhargham, sino que, mientras este último mandó pasar al filo de espada á todos los oficiales que no le eran afectos, y por tal medio arrebató al ejército egipcio sus mas hábiles jefes, huyó el primero á Damasco á ver á Nuredin y pedir auxilio.

El deber que los cristianos tenían que cumplir era tan manifiesto y evidente, que saltaba á los ojos de todos. Habían, es verdad, sostenido grandes guerras con Egipto en años anteriores, y aun durante la última época habían sido molestados varias veces por ejércitos terrestres y por escuadras procedentes del Nilo; pero hacia ya mucho tiempo que no había por qué abrigar en Jerusalem serios temores de ser atacados por aquella parte; y tan pronto como la política de Nuredin se dirigió á Egipto, resaltó de un modo evidente la idea de que los cruzados, lo mismo que los fatimitas, todos juntos, no tenían enemigo mas temible que los seldyucidas; por cuya razón cristianos y fatimitas debían pensar en apoyarse mutuamente para defender su independencia. Este razonamiento tocaba mas de cerca á los hierosolimitanos, los cuales respecto del emirato de Damasco habían ya cometido la imperdonable falta de entregar, por decirlo así, al cuchillo del príncipe enemigo mas poderoso en la guerra á un débil enemigo mahometano. Si repetían esta falta, no con respecto á un pequeño emirato, sino tratándose del inmenso y rico territorio de los fatimitas, estaban perdidos sin género alguno de duda y para siempre (1).

Estas consideraciones no encontraron, sin embargo, cabida en la cabeza de Amalrico. Al tener noticia de las luchas, por cuyo medio se había apoderado Dhargham del visirato, su único pensamiento fué que se presentaba la ocasión oportuna para sacar una contribucion al Egipto, y en su consecuencia penetró en aquel territorio. Pero al mismo tiempo cumplió Nuredin los deseos de Schawer, y envió al Nilo uno de sus mejores generales, el valiente kurdo Schirkuh. Encendiéndose una violenta guerra; Dhargham fué asesinado por su propia gente; Schawer volvió á ser visir, Amalrico regresó á Jerusalem sin obtener ningun resultado, y Schirkuh se quedó en Egipto para velar por los intereses de su señor. Así se hizo con un solo golpe lo que los cristianos hubieran debido tratar de impedir con todas sus fuerzas, y fué una dicha inmerecida el que á pesar de esto se presentase luego una vez mas la posibilidad de salvarse de un peligro mortal. En efecto, Schawer no tardó en considerar la presencia de Schirkuh en Egipto como una amenaza contra sí mismo, en vista de lo cual llamó á los hierosolimitanos á su auxilio. Amalrico

(1) Las relaciones de los hierosolimitanos con los egipcios se llevaron generalmente desde los primeros tiempos de Godofredo, como si hubiera sido siempre un interés vital para la dominación de los cristianos en el Oriente, el derrotar á los fatimitas, y conquistar toda su nación. En contra de esto, Sybel en varios de sus trabajos para la historia de las Cruzadas, ha demostrado con toda claridad, cuán insignificantes peligros amenazaron por parte de Egipto á los cristianos, á excepcion de los primeros años del reino de Jerusalem. Pero la absurda opinion antigua no ha desaparecido aun por completo de la literatura. Las deducciones del presente libro respecto de la política que los reyes de Jerusalem siguieron con el Egipto desde la época de Balduino I (véase atrás el capítulo IV) se fundan todas en las razones aducidas por Sybel.

aceptó la invitacion en el año 1164, cercó en union de Schawer al valiente kurdo en Bilbeis y le obligó á retirarse á los tres meses. Pero Schirkuh abandonó el Egipto con no quebrantado orgullo, y lo mismo él que el último soldado del ejército con el hacha guerrera en la mano y dispuestos á pelear. Un caballero cristiano se le acercó á preguntarle: «¿A qué vienen esos preparativos? ¿Temeis que el convenio—con arreglo al cual el ejército de Nuredin podía salir libremente—no sea sagrado para nosotros?» «Son para que no os atreveis á quebrantarlo,» contestó tranquilamente Schirkuh y continuó su camino.

En este intermedio no estuvo ocioso Nuredin, como era natural. Desde luego, dió principio con una campaña contra Trípoli, pero en la marcha fué atacado de improviso por los cristianos y puesto en precipitada huida despues de haber sufrido grandes pérdidas. A pesar de esto se presentó poco despues delante del castillo antioqueno de Harim y le puso estrecho cerco. Para salvar tan importante plaza, se unieron los antioquenos con los tripolitanos, armenios y algunos ilustres peregrinos franceses bajo las órdenes de su joven príncipe Boemundo III, hijo de Raimundo y de Constanza, el cual en su desarrollo prometía ser un fuerte guerrero. Nuredin se retiró á su vista, hasta que se hubieron cansado los escudrones cristianos en una insensata persecucion: luego cayó sobre ellos, dispersó su ejército, y cogió prisioneros á Boemundo y á Raimundo de Trípoli; además de muchos distinguidos caballeros. Aprovechándose con diligencia de esta victoria logró por fin Nuredin tomar á Harim y Banias, centinelas vigilantes de las fronteras de Antioquia y Jerusalem alrededor de las cuales se había peleado tanto tiempo.

Al tener noticia de estas desgracias regresó de Egipto Amalrico, y su primera ocupacion al llegar á la patria fué gestionar el rescate de los príncipes prisioneros. Lo consiguió con sorprendente prontitud respecto de Boemundo, á quien Nuredin trató con especial consideracion, probablemente por ser cuñado del emperador Manuel, mientras que Raimundo recobró la libertad despues de un cautiverio de ocho años. Pero en la guerra con Nuredin no consiguió ni aun parciales resultados, sino que perdió aun varias plazas fuertes, y lo que fué todavía peor que las pérdidas materiales, tuvo el sentimiento de ver que las guarniciones cristianas por cobardía ó por dinero abandonaban las fortalezas á ellas confiadas (2).

Al poco tiempo volvióse á fijar la atención de los cristianos sobre Egipto. Schirkuh en su primera estancia en este país había reconocido claramente que el califato de los fatimitas descansaba sobre muy frágiles bases, y por lo mismo instó sin cesar á su jefe superior á que le confiase una expedicion militar con objeto de someter todo el valle del Nilo. El previsor Nuredin se negó por algun tiempo, á hacer un sacrificio para tan grande y temeraria empresa; pero al fin, como sus propias ideas religiosas favorecian la guerra contra los fatimitas siitas, cesó en su oposicion, y envió á Schirkuh á la ventura, al empezar el año 1167, con un pequeño ejército, pero escogido. En cuanto Amalrico se enteró de esto, marchó tambien á Egipto, donde fué recibido por Schawer con los brazos abiertos. Una vez unidos egipcios y hierosolimitanos, era Schirkuh demasiado débil para sostener la campaña. Por espacio de algunas semanas halláronse los ejércitos á orillas del Nilo observándose mutuamente uno enfrente de otro. Luego se retiró el kurdo al alto Egipto, donde ocasionó sensibles pérdidas á Amalrico que le había seguido con demasiada precipitacion; y

(2) En esta época estuvo por cuarta vez en Jerusalem el conde Dietrich de Flandes, sin sacar, sin embargo, la espada en defensa de la causa cristiana.

volviendo á toda prisa en direccion al Norte, ocupó con una parte de su ejército la populosa ciudad de Alejandria. Mas cuando todos sus enemigos cercaron esta ciudad y se declaró el hambre en ella, hubo de darse por contento Schirkuh con que se le concediese abandonar por segunda vez el Egipto sin ser castigado. Los hierosolimitanos regresaron despues á su patria, en el mes de agosto de 1167, contentos y llenos de honores despues de haber recibido una gran recompensa.

La alianza de los débiles contra el fuerte se volvió á realizar como se había realizado 25 años antes en la época del rey Fulco y del visir Anar, y los cristianos tal vez hubieran podido sacar de ella algunas ventajas por mucho tiempo, si hubiesen sido de algun modo capaces de seguir una conducta sensata y sujeta á un plan. Quedó sin embargo, segun parece, una guarnicion permanente de francos en el Cairo, desde el verano de 1167, y el dinero que Schawer prometió á sus aliados como garantía de futuros servicios, ascendía á 100,000 escudos anuales. Pero el gran triunfo que habían alcanzado los hierosolimitanos, les arrastró á una arrogancia criminal. Amalrico ansiaba cada vez mayores cantidades de oro egipcio; la órden de San Juan, que había decaído por su mala administracion, pensó poder rehacerse saqueando aquel rico país; en vano se opusieron algunos grandes del reino, especialmente los caballeros templarios; la sed de oro de la mayoría era demasiado intensa, y así es que se resolvió emprender la guerra de rapiña mas irracional y mas indigna contra Schawer. Solo pudo prevalecer en Jerusalem, ante el oscuro presentimiento del gran desastre que atraían sobre sí, la idea de invitar al emperador Manuel á que tomara parte en la lucha contra Egipto. Mas despues de haber recibido una respuesta afirmativa de la corte bizantina, no tuvieron tampoco paciencia en esta ocasion para aguardar la llegada de la escuadra griega, sino que con sus solas fuerzas penetraron en el territorio de los fatimitas en noviembre de 1168 devastándolo de la manera mas cruel.

El castigo de este atentado no podía hacerse esperar mucho tiempo: verdad es que Schawer entabló negociaciones con los hierosolimitanos acerca del precio de su retirada y que inmediatamente les entregó una respetable cantidad á cuenta de la enorme suma de 2,000,000 de escudos que exigían; pero á continuacion, desesperado por las pretensiones de los cristianos, pidió auxilios á Nuredin, y para hacer mas apremiante su peticion, invitó al califa del Cairo, Aladhid, á que enviase al señor de Alepo, como en prueba del gran apuro en que se hallaba, una porcion de los cabellos de sus mujeres con las siguientes palabras: «Las mujeres, cuyos rizos te remito, te conjuran á que las preserves de la ignominia que las espera por parte de los francos.» Nuredin, á quien Schirkuh venia instando desde hacia tiempo para que renovase la campaña de Egipto, no pudo menos de prestar los auxilios pedidos en vista de tal misiva, y unos 8,000 hombres de tropas escogidas se dirigieron otra vez en rápida marcha al Nilo bajo el mando superior de Schirkuh. Tan pronto como este ejército se reunió con las tropas de Schawer, Amalrico, asustado y avergonzado, regresó á Jerusalem. Schirkuh no le persiguió, sino que aprovechó el momento favorable para hacerse fuerte en el Cairo. Pronto estallaron las discordias entre él y Schawer; sin embargo, vinieron á parar en que el visir fué apresado y decapitado. En su puesto fué colocado por el califa Schirkuh, y cuando este murió pocos meses despues, le sucedió en el visirato su sobrino Salaheddin, comunmente llamado Saladino, hombre dotado de grandes cualidades, el cual tuvo aun que combatir un conato de rebelion de los egipcios, que sofocó con sangriento vigor.

Luego, enfermó el califa Aladhid y murió—asesinado por Saladino, segun las crónicas cristianas—en el año 1171. Sus herederos fueron asimismo quitados de en medio, y de este modo Saladino, despues de la extincion del califato fatimita, reinó sobre Egipto sin traba alguna, si bien bajo la supremacia de Nuredin.

Apoderóse de los hierosolimitanos profundo temor, cuando vieron las consecuencias de su criminal locura. La union de las fuerzas de Egipto y Siria bajo un jefe superior, era para ellos casi equivalente á su sentencia de muerte. Comprendiéndolo así, el rey Amalrico, despues que volvió de Egipto por última vez, á principios del año 1169, resolvió implorar el auxilio del Occidente mandando al efecto una embajada extraordinaria. El patriarca de Jerusalem, el arzobispo de Cesárea y el obispo de Acre ó Akkon recibieron en su consecuencia el encargo de trasladarse á la corte del emperador Federico I y á la de los reyes de Sicilia, Francia é Inglaterra, visitando además á los condes de Flandes, Troyes y Chartres, y á otros príncipes y señores. Mas apenas habían abandonado los embajadores la costa de Siria, cuando fueron rechazados á dicha costa por una furiosa tormenta, y algunas semanas despues, dos nuevos embajadores, el arzobispo de Tiro y el obispo de Banias, lograron llevar á feliz término su viaje marítimo á Occidente. La situacion era aqui propicia para el cumplimiento de sus deseos, pues el papa Alejandro III desde hacia varios años venia exhortando á todos á que contribuyeran á prestar auxilios á Tierra Santa con dádivas pecuniarias y aprestos de guerra; pero en realidad se había conseguido muy poco con esto, porque las contiendas político-eclesiásticas que envolvían á toda la Europa romano-cristiana, sobre todo la lucha del emperador Federico con el papa y las rencillas de los reyes de Inglaterra y Francia, habían impedido hasta entonces, é impidieron aun por mucho tiempo que se hiciesen mayores sacrificios para proteger á Jerusalem. El rey Luis VII derramó lágrimas ante la descripción que los embajadores le hicieron del grande apuro en que se hallaba Palestina; tambien Enrique II de Inglaterra se mostró hondamente conmovido al oír igual relato; pero con todo eso no acordaron la prestacion de importantes auxilios, y despues que el obispo de Banias murió en Paris, tuvo que regresar solo á Jerusalem el arzobispo de Tiro sin haber conseguido ningun resultado sustancial.

En este intermedio recibió el rey Amalrico un importante auxilio de muy distinta parte, pero le aprovechó muy mal. Llegó á Siria en el verano de 1169 una escuadra bizantina de mas de 200 barcos, muy pertrechada de tropas y viveres, dispuesta á pelear contra los egipcios, en union de los hierosolimitanos, como estos habían solicitado algun tiempo antes. Pero Amalrico y sus caballeros, despues de la deplorable expedicion de merodeo, que á fines del año 1168 habían dirigido contra el visir Schawer, no estaban en manera alguna en disposicion de volver á emprender una campaña á orillas del Nilo. Por otra parte tampoco se atrevían á rechazar el auxilio de los griegos por no ser ya necesario, é hicieron de nuevo la mayor locura, al poner por obra, lenta, perezosa y negligentemente la empresa, que solo podria haberse llevado á feliz término con rapidez y energía. Despues de muchas vacilaciones se presentaron en union de sus aliados delante de la sólida fortaleza de Damietta en el otoño siguiente de 1169. Saladino había tenido suficiente tiempo para proveerla de todo lo necesario y suplió con habilidad y energia al arte de sitio que empleaban los enemigos. La lluvia torrencial del invierno caló pronto las tiendas de los cristianos; el hambre los atormentaba, y los hierosolimitanos, que estaban algo mejor provistos que los griegos, reservaban desapiadadamente para sí solos sus viveres; además de esto llegó la